


DOS POEMAS

Magali Alabau

CUÁNTOS LUGARES HE PERDIDO

Cuántos lugares he perdido
cuánto tiempo merecedor de algún recuerdo,
cuántos trapos
pegados a palabras,
disolviendo
la confesión exacta,
el malestar, el miedo.
Para qué merodear
los escondrijos donde quedaron
los papeles en blanco



No tuve miedo en los montes
cuando ordenaron darles lustre
a las legumbres
sentada
sobre el trozo de los troncos
contando los castigos
lavando el tubérculo carnoso
que todos comeríamos.

Escapadas en el mundo
de secuelas prohibidas,
las calles de la Habana
cercándome en la cita,
llegando cada una por su lado,
respiración sobrecogida,
espasmódica,
te quiero así, temblando.

Tieso el deseo de aprehensión,
tantos ojos mirando,
acosando el espacio,
mis labios temblando
por la incisión de
no poder amarnos.

La Habana sabe a guagua sudorosa
cuando pierdes las cuerdas y caminas
resignada a la obediencia
entre pasando monumentos a los héroes
que están siempre al acecho.
Me senté en ese mármol frío
a pasar la noche desafiando
la fiebre y el ácido del cuerpo.

El uniforme
de patético verde,
botas desgastadas

y medias con sus huecos
tirantes que aguantan y sostienen
un alma que perdió sus partes
entre el Malecón y las calles de la Rampa.
¿Y qué vino después
de los silencios
de las resignaciones
de las admoniciones
después de los suicidios,
los fusilamientos
y desapariciones?
Amigos y fantasmas,
recuerdos del vacío
donde conocí los
rostros hervidos por el fanatismo
y esos otros dulces liberales
alojados en las habitaciones
privilegios de un Country Club cualquiera.

Un maestro, con su cuadrilla de nosotros
nos debe al sobresalto a la Poesía
La Poesía Pura la llamaba
dedicada a la
privilegiada inteligencia,
promesa
de una generación perdida
entre el ómnibus y los aeropuertos
entre las estacas y las factorías
Ausente
del alma que mueve
y nos gobierna
oficio de magos y virtudes vagabundas
¿A dónde fuiste en esa pesadilla
multiplicada por blancas piedrecitas de las noches
que te hicieron correr por calles medievales
antes del tiempo asignado para ti?

Acorralar el tiempo
sus sarcasmos
tus ojos negros
de ironía y pesar
regalo del ardid y la locura.
Sonámbulo y en sombras
apareces engañado
con la imaginación de los vecinos
del sepulturero que seguías
o que buscabas
en esas tardes
de nada cotidiana
bastiones de ideales
que me perseguirían astutamente
Soy inútil dijiste
para toda la actividad del día y de la tarde;
lenguas aparecen

y mi mapa es el cuerpo
la retina
las ganas de oírte
los presagios
la afinidad y el borde
la sonrisa
la sorpresa
el domicilio
un regalo
una oda a la perfidia
al testimonio
a la anémona.
Discernir
volver
al insomnio pasado
volver atrás para entender
el desafío

la luz pura
la destreza de lo eterno.
Apagado el aliento
convulso al final
rodeado de enemigos
resuelves tu sentencia
tomando el agua
donde se diluyó el veneno
repartido como en copos de nieve.
¿Dónde dejaste el lustre de tu piel de vivo?
¿Cuándo cambiaste tu foto de ahora
por el color morado
de tantas convulsiones?
¿En qué radica la esencia
de lo patético?
¿En qué encargo?
Me haces presenciar

la corrupción de tu paisaje
¿por qué tengo que usar las negras ropas
de alguna escena de teatro?
¿Por qué me haces asistir
a esa capilla donde en la caja
insinúas una tranquilidad que yo no creo?
Te quedas solo,
panorama de velas encendidas
con basura
deshecha sobre sillas
y en el piso.

Lo irracional
y el lenguaje que no hablamos
acaso ¿podrías descifrarlo?
El método
de uñas que se pintan

en esas conversaciones
de la mano inclinada
incinerada
Señora Mano con uñas
deme un dedo pintado,
quítese pellejo,
hazme fina y endeble
manos llenas de venas azules como ríos,
anchas, uñas desvencijadas
carcomidas por los pensamientos
mientras te veo trajinar
con las cutículas
persisto en el remoto origen
de ese laberinto en que me pierdo.

Iluminada
con la piel blancuzca

los ojos fijos en el metal
del horizonte
Brújula y compás
describiendo
ocasiones y objetos.
Descubre tu corazón
olvídate del resto
de las inoportunas arrugas avanzadas,
las venas de las piernas,
las fortificaciones y dobleces.
Absorbe lo poético, el minuto
que te ha sobresaltado
la angustia
en la palabra,
en ese arañazo del destino.
Descubre tu corazón,
el riesgo,

el paso a lo infinito,
a los términos
donde se abandona toda regla
y el contrato.
Merodea la lámpara apagada
lo temporal con sus definiciones
y demonios que anuncian
el orden siempre el orden.
No hay clarividencia en esos días
de batallas en guerras cotidianas
¿Por qué usar la pluma
cuando sólo bastaría imaginarla?
En trance a todas horas
donde estoy.
Allá voy al agónico
deber que me empuja
a mirar el espejo que es un lago

que es un río
que hay que atravesar
que me propone llegar hasta el final de la escalera
al destino indomable
a ese portarme bien
ser placentera y tenaz
dócil, abnegada
sensible y desprendida
a las necesidades.

EL AMOR ESCAPA

El amor escapa,
las palabras se vuelven callejeras
y cansadas
se distribuyen en otros hallazgos
en el día ocupado
en trincheras diarias.
Sientes como huye aburrido,
te deja abandonada.
Mejor no atiendas su intención
ni la bocanada de aire que se va
con él hacia otro lado.
¿Dónde estoy?
¿En qué árbol?
¿En qué bosque?
En algún sentimiento,

en la ventana mirando
todo cubierto de nieve.
En una nota
que rasga algún recuerdo,
algún camino, algún paseo
donde sentiste otro
que no es nadie
pero que está
acompañando tus pasos,
ese yo pero gigante
oliendo asfalto.

Flotar en el espacio,
imaginar el lado de algún río,
el principio de la noche.
No tener que volver
a ningún sitio.

Yacer ensimismada en ese espacio
donde la luna abierta plateada plenitud
posará sus pedazos en el agua.
No pensar en nada,
sólo en ese puro espacio
de luz aguardándote.

Es hora de irse,
de apagar las luces,
fijarte aunque no quieras
en lo que has de usar,
en lo que tendrás que llevar
aunque no quieras.
En las fotografías que puedan contar
la historia de tu vida.
¿Qué colocar en este cuadrado de maleta?
Una sola dijiste o te dijeron.
Todavía es mucho para cargar un rato.

Antes de irte
quemara los libros.
No querrán el maltrato
de otro dueño, no querrán servir
ni ser rehenes de estaciones,
del frío invernal, de la humedad
del abandono.
¿Cuál llevas?
¿Alguno preferido?
¿Cómo dejar los otros?
Mira la estancia
por primera vez vacía.
Te velarán como a los muertos
y en algún instante
el aire entrará por la ventana que inventaste,
donde viste trenes y trenes,
donde fuiste un pasajero

caminando con lentitud
las calles de algún pueblo.

Dejaste la puerta entreabierta
y el radio puesto.
Aún engañabas a los que dejabas,
a lo que quedaba,
de lo que ya no dispones.
Entre la puerta y la salida a la calle
está esa escalera estrecha y sucia
en que alguna vez sentada
esperabas por las llaves,
por alguien que abriera las cobijas,
por un vecino que dijera la palabra adecuada.
Ahora tus pasos son firmes y apurados.
Ya no habrá más esperas.
Todo es fácil porque nadie espera.

Ya ni siquiera el perro pequeño y negro
que te acompañaba.
Un amigo, como dicen siempre,
se lo llevó al campo.
Nadie te espera
pero como has decidido
no montar el tren equivocado
has inventado personajes que te recibirán,
aunque no quieras, en ese lugar improvisado.
Has evitado las despedidas,
ese círculo de piel y sangre
que es tuyo y de los otros.
Le has dado un beso escurridizo
como esos que se dan cuando corres
y no quieres ver el horror en otros rostros.
Pero está en la sala la gran comitiva
de tus alianzas mirándote, están serios

como en las funerarias.
Nada miro, nada puedo, esas miradas
son golpes en el vientre.
Cierro las mandíbulas, algunos adioses
me sorprenden a pesar que he dicho
no a las lágrimas,
brotan de tantos ojos,
corro, corro hasta esconderme.
Corro a la calles
que el viento me atragante,
áspero viento que rompe las páginas,
que rompe el recuerdo de esos otros.

Las puertas se cerraron
el olor a esa tranquilidad del día,
a ese tiempo sin fin, eternidad de infancia
cerró aldabas, el féretro, la caja de pino
que querías.

¿Y en qué transporte
indagarás por los seres que quieres encontrar,
que aún no existen
pero que inventarás
porque necesitas un suelo,
una llave que abra el corazón,
que haga olvidar esos recuerdos?

Eres el cero, la nada, un hotel
deshabitado con luces de neón.
¿Cómo te llamas?
Lo único que tienes es este rostro
oscuro que se escapa,
que no es posible detenerlo.
En este hotel te amparas.
Esta cama manchada de tantas suciedades
es la nube que te duerme, que da paz.

No hay pasado ni futuro,
solamente el presente mudo
donde el alma duele.
Me ha dolido siempre.
¿A qué hospital puedo ir a que me operen,
a que me saquen el corazón?
Yo quiero otro,
otro perfumado
que pueda trasnochar
ante las luces del hotel de Dios
y los desamparados.
Este hotel de gratis
que debo olvidar en cuando pueda.
No debo recordar ni las horas
ni los movimientos extraños del pasillo
donde creí que moría
que no estoy viva, con los nervios veraces,

con los ojos tan abiertos recibiendo
lo que siempre he buscado,
esta verdad que no puede contarse,
que nadie contaría,
este hielo tan frágil,
entre la muerte y la muerte,
este tramo
que hay que sobrepasar
porque de no hacerlo
te encontrarás mañana como el hielo
en esta cama sin identidad
y sin nombre.
Y sí, buscar un árbol
volver a la raíz,
a la simiente,
unirte a todos lo que como tú
se preguntan,

disipar con ellos las astucias,
con ellos ser total
porque en sus desolaciones
está la vida, alguna fuerza
unida a la esperanza.

No te necesita,
se esfuma,
crece sin ti,
desaparece.
Se hunde en el hueco,
en la cueva,
la caricia que
nunca pudiste tocar
se escapa entre los dedos.